

## Reseña

**José Emilio Burucúa. *Excesos lectores, ascetismos iconográficos*. Buenos Aires: Ampersand, 2017.**

Juan P. Gonella<sup>1</sup>

En un clásico ensayo sobre la escritura de ensayos en los periódicos, William Hazlitt vindica el estilo de Montaigne con las siguientes palabras: “Entre los ejemplos de crítica sobre autores que nos ha dejado, están las de Virgilio, Ovidio y Boccaccio, en la cuenta de los libros que él piensa leer, o (lo que es lo mismo) que descubre que puede leer en su vejez y que quizás cuenten entre las pocas críticas que merecen la pena leerse a cualquier edad” (41). Sin dudas, *Excesos lectores, ascetismos iconográficos* de José Emilio Burucúa se cuenta entre las pocas “biografías de lecturas” que merecen leerse a cualquier edad. La razón principal quizás sea la agudeza con la que el autor enumera la serie de libros que constituyen su vida de lecturas lejos del horizonte erudito, académico, del cual se vale para recorrer otras zonas de la lectura. Otras zonas cuyas presencias iluminan el libro con una fugacidad tanto impenetrable como fundamental: las vicisitudes del cuerpo, de los deseos, de la carne y la correlativa e inexorable decadencia. Esa honestidad, tan inusual, es lo que le agradecemos más calurosamente. Sobre esa honestidad está montado el artefacto textual que progresa con magistrales ensayos al compás de los tiempos, de las escansiones de la vida: “Niñez y esperanza”, “Adolescencia, tristeza y comedia”, “Juventud,

---

<sup>1</sup>**Juan P. Gonella** (Rosario, 1987) es psicoanalista. Además de su tarea profesional es co-editor de la editorial de psicoanálisis y filosofía Otro cauce. Desde 2010 forma parte del "Centro de estudios en filosofía y psicoanálisis" radicado en la escuela de filosofía de la Universidad Nacional de Rosario. Desde 2015 forma parte del PID “La interpretación o la perversión de la lectura. Consecuencias retóricas arrojadas por la filosofía contemporánea y el psicoanálisis para el porvenir de la lectura.” en la Escuela de Filosofía de la Universidad Nacional de Rosario.

felicidad y tragedia”, “Madurez y culpa”, “Ancianidad: una reconciliación que huye”.

El último de los ensayos da la clave a partir de la cual todo el libro está tramado: una reconciliación que huye. Con velocidad y vértigo, con la seriedad y el aplomo que supone saber huida ya toda reconciliación, Burucúa recapitula y arma no sólo la lista de los libros que más le han gustado, los del placer o los de la dificultad, sino sobre todo los que a pesar de él esperando en vano a un lector. Esos libros también tienen su lugar, sobre el escritorio o en el estante de la biblioteca y, con una mudez inquietantemente crónica, son los testigos de la huida, los solitarios que no hallarán lector. Esos libros le preocupan hoy a Burucúa, los que no llegará a leer. No se trata de un sentimiento fúnebre. “Al contrario, mirar las cosas y, sobre todo, realizar mis lecturas como si estuviera más allá de la circunferencia última a la que me aproximo como un polígono que multiplica y multiplica sus lados, me proporciona un apego suave a la existencia que, si se complementase con la reconciliación que busco, implicaría un final sereno. Pero no es el verso de la rima octava de Guido Cavalcanti el que me inspira: ‘Voy como quien está fuera de la vida’, tan cargado de un pathos que no quiero en el presente. Deseo mejor parecerme al poeta chino que fue al encuentro de su hijo en la soledad de una ermita, al pintor que mira el paisaje de este mundo desde una altura que parece encontrarse más allá de las montañas, al artista que siempre tuvo *in mente* François Cheng en sus *Meditaciones*” (179).

Merleau-Ponty supo insistir sobre el encabalgamiento entre el mirar y el tocar al que inevitablemente nos conducen las imágenes. Oscar Masotta, por otra parte y en rigor no tan distanciado, sostenía, al igual que Sigmund Freud, la profunda incompatibilidad que habita entre las imágenes y las palabras. Esa región incompatible que es causa de vinculación en lo imposible de vincular la recorre el personaje pintor de Burucúa, el personaje al que él desea parecerse y con el cual, indudablemente, mantiene una conversación desde los tiempos de la niñez. Así cuando la fiebre, la enfermedad o la fatiga afectaban el cuerpo, el niño José Emilio no vacilaba en buscar los volúmenes de arte, “había uno –nos dice– que se plantaba delante de mis ojos apenas quería remolonear o la fiebre me obligaba a apoyar la cabeza sobre la almohada. Era una monografía sobre los

*Pintores italianos del Renacimiento*, publicada por El ateneo de Buenos Aires en 1943, obra de Gherardo Marone” (17). Pintores del Renacimiento que serán el comienzo de un gusto muy difícil de quitar, nos confiesa el autor, gusto cultivado por su madre y su tío, y de ellos heredado.

Lugar destacado tiene una lámina de Giotto que reproduce aquella obra pintada en la Capilla de los Scrovegni, *El beso de Judas*. Lámina que ha sido causa de cavilaciones y especulaciones infantiles constituyendo, lentamente, una “nebulosa” que sólo el tiempo, el trabajo y el sostenimiento del impulso que ha llevado a Burucúa a ser uno de los críticos de arte más importantes e inteligentes de nuestro país ha logrado despejar. “Ahora logré dar un sentido a mis emociones de la infancia: así de contiguos marchan los dos polos morales de nuestras existencias, así de conscientes son el uno del otro, así de inseparables. Por supuesto que cuanto escribo con cierta precisión a esta altura de la vida no era sino una nebulosa en la infancia. Pero, igual, una y otra vez, esas tres láminas me tenían capturado y eso que mi madre insistía en que pocas cosas había más dramáticas e intensas que la mirada frontal que nos echa el condenado del Juicio de Miguel Ángel cuando, atrapado por un demonio, se sabe perdido para siempre” (21).

Entre los choques y vínculos inquietantes entre las imágenes y las palabras “capítulo aparte” le es dedicado al Periodista, quizás el único capaz de inspirar parejamente la curiosidad por el mundo junto con el oficio de escritor. Me refiero, para evitar los malos entendidos y deslizamientos que la pasión compartida permiten, a Tintín. “Capítulo aparte fue, desde mi niñez hasta las de mis hijos y nietos, la lectura silenciosa, en mi caso, la traducida *ad unguem* y hecha en voz alta, para mis descendientes, de los famosos Tintines. Mi tío Jean me regaló el primero, *La estrella misteriosa*, una historia de competencia científica entre Europa y los Estados Unidos.” Desde allí retornará innumerables veces esas aventuras que conservan todas su frescura e importancia para Burucúa y que tal vez podamos reencontrar en impensadas filiaciones, marcas extrañas que lo han acompañado en su oficio de crítico y viajero. “Cualquiera que hayan sido las veleidades políticas de Hergé, he de haber leído unas treintena de veces la serie completa, de atrás para adelante y viceversa, a fines de los

cincuenta y, luego, a medida que salía cada volumen, solo para mí; de 1981 hasta 1990 para mis hijos; de 2012 a esta parte para mis nietos” (23)

Las veleidades políticas, las de Hergé pero sobre todo las de nuestro país, tienen un lugar lateral en el libro, lo cual no impide que lo interrumpen y lo intercepten constantemente. Hay un esfuerzo y una honestidad que, nuevamente le agradecemos: la distancia del heroísmo o de la arrogancia fanática a la cual muchas veces el “intelectual” de nuestro país se somete. Aquí, en este libro, pasa todo lo contrario. Sitúa un lugar de resguardo, de conservación, para que haya continuidad. Me gusta pensar así la lectura. Burucúa nos cuenta de su tímida formación marxista-socialista adquirida en libros que intercambiaba con su hermano. De él recibió los nombres y obras de Lenin, Bakunin y Marx, entre otros. “Quise devolverle a Martín una parte mínima de tanta riqueza, con el agregado de que mi intención era que leyese la *Breve historia del socialismo* escrita por George Lichtheim, que le regalé después de los episodios de Viejobueno, y decidiera apartarse del ERP porque la militancia en la organización guerrillera lo conducía a la muerte. Supe que leyó íntegro el libro de Lichtheim, porque me lo contaron mis primos que lo tuvieron escondido en su casa en junio de 1976. Nunca sabré si los hechos narrados allí, con tanta precisión alemana y tal equilibrio británico, lo habrán convencido de algo. Pero es seguro que no desertó, a pesar de cuánto deseábamos todos que lo hiciera. Iluso tonto que he sido. Que un libro pueda cambiar la historia, por pequeño que sea su alcance” (109).

Con el respeto, ante todo, que merecen estas palabras de Burucúa considero que una de las posibles figuras del lector sea la del iluso tonto. Que un libro pueda cambiar la historia, que una lectura pueda cambiar algunas historias. ¿Por qué no? Si es así como inicia este libro, con la enumeración de los afectos ineludibles que causa la lectura, el acto de leer que hiere profundamente, el veneno transformado en risa. La lectura que nos devuelve el miedo, límite y posibilidad de un cuidado. “En síntesis, igual que la conversación jovial, el ejercicio amoroso y el viaje, dondequiera que fuese, creo que leer ha sido una de las fuentes, ora de mi alegría sustancial, ora de mi consuelo en esta vida. Tal es el temple anímico básico, el bajo continuo de este libro” (9). Por qué no celebrar ese

refugio y compartirlo con otros. Esa es una honestidad y una valentía que también le agradecemos.

### **Bibliografía**

Hazlitt, William. “Sobre los ensayistas del periódico.” *La Razón del estilo. Ensayos en torno al ensayismo*. Selección y traducción de Fernando Alfón. Rosario: Nube negra, 2016.